



RAMÓN CASAS (Barcelona).



PIO COLLIVADINO (Argentino). Roma.



P. TÉRA (Buenos Aires).

bones son las llamadas clases sociales que no pueden vivir separadas, como no pueden separarse la cabeza del tronco para sostener la vida. Ese día, repito, habremos llegado a la perfección posible dentro de la humana imperfección, porque habrán desaparecido el egoísmo y el error, fuentes de toda humana desdicha; y brillarán la caridad y la inteligencia, cuyo reinado es el de Dios, que nos dió esta última como un destello de sus perfecciones, y nos impuso aquélla como su propio amor.

Todos los concurrentes quedaron admirados. Los enemigos se reconciliaron y aquella íntima asamblea terminó declarando que la Condesa era Grande entre las Grandes, puesto que en ella se encontraban unidas las tres *Grandes humanas*: la del alma, la del talento y la de la cuna.

LOS TRES SEXOS

Para hacer un hospital, un alcalde, hombre muy recto, comisionó a un arquitecto de renombre universal. Y por ahorrar dilaciones, en bien del mejor servicio,

del benéfico edificio le explicó las condiciones. Y añadió:—No ha de olvidar que aislados, como es de en, este santo sílo tiene los tres sexos que albergar.

—¿Tres sexos? ¡Rayos y truenos!— dijo airado el constructor; y el alcalde:—Sí, señor; tres sexos, ni más ni menos. Su extrañeza es natural, porque no ha echado de ver

que este hospital ha de ser un hospital general. Y, marchando viento en popa, dará albergue en su mansión á los tres sexos, que son: hombres, mujeres y tropa.

CARLOS CANO



FRANCISCO BENESCH Lomas de Zamora (B. A.)

AMOROSA

Más blancos que la nieve inmaculada, esmaltando la yerba de un jardín, una rosa y un lirio se mecían al soplo blando del lluvioso Abril; de encarnado el pudor pintó la rosa cuando una tarde la besaste tú, y de celos el lirio que lo viera, tornóse azul.

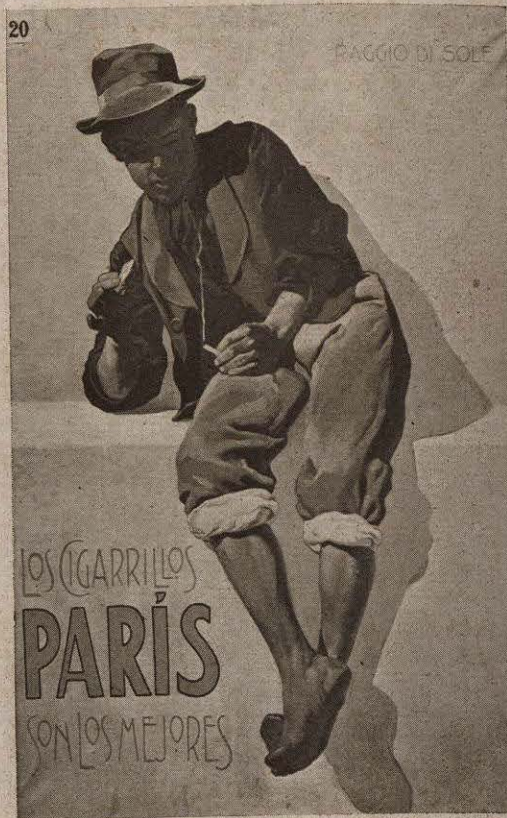
MELCHOR DE PALAU

TRANSMIGRACIÓN

Sobre su labio superior Mercedes de tafetán llevaba un parchecito, tan mono, tan pulido, tan bonito, que tentaba á besarlo. Oigan ustedes. Era en el tren la escena, y de la bella al lado, un joven de bigote ensortijado y que á rosas olía y á verbena, hallábase sentado. De pronto, un túnel en la férrea vía pasamos... y de nuevo al ver la luz del día, desaparecido el parchecito había... ¡Miento! Estaba en los labios del mancebo.

RICARDO PALMA

172



MANUEL MAYOL (Buenos Aires).

DOLORES GONZALO MORÓN



BELMIRO DE ALMEIDA (Rio de Janeiro).



HERMANN PFEIFFER Budapest (Hungria).

de caer de pastor de almas en aquel lugarejo, donde las mujeres no conocían más perifoneos que el refajo amarillo y el pañuelo de yerbas, y los hombres el pavero de fieltro que parece lija y la capa parduzca de paño como tabla y hechura pluvial, al padre Anselmo, el hombre más bueno que come pan y que quizás, por esto mismo, el veterinario del lugarejo vecino á Villabrutanda de Arriba, ó de Villabrutanda de Abajo, cuando se desahía en elogios para su amigo, coronaba el ramillete de los tales con esta gráfica expresión:

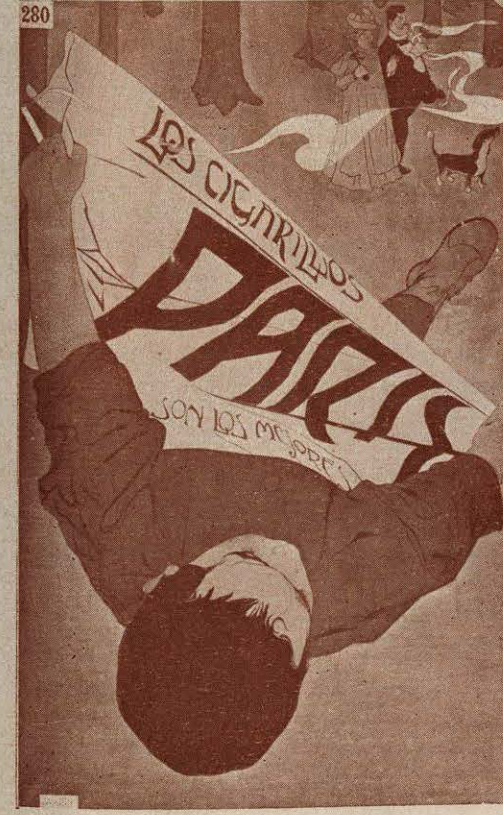
—Es un cacho á rosca.

Salvando lo que de irreverente tiene, el veterinario no andaba muy desacertado al elegir tal calificativo, particularmente si se tiene en cuenta que, en las dos Villabrutadas, el pan que de ordinario se comía era, y sigue siendo, de centeno y que una rosca madrileña no era saboreada por las villabrutandeses más que cuando repicaban gordo ó recorría el distrito el diputado á Cortes por el mismo.

Arbitro en todas las cuestiones, juez en todos los litigios, fiscal cuidadoso de las costumbres, maestro voluntario de chicos y grandes, el Padre Anselmo vivía allí como el pez... zambullido de repente en una pecera de agua estancada y mal oliente. Pero su conformidad era tan grande como sus virtudes, aunque en honor de la justicia y la verdad, su resignación era mayor que sus talentos. Y no porque no tuviera el Padre Anselmo sus luces naturales; nada de eso, que en ocasiones difíciles supo demostrarlas, sino porque al infeliz no le había sido posible acaparar más savia científica y teológica que la puramente indispensable para ejercer su ministerio pronunciando unos cuantos latinejos con conocimiento de su significado.

El pobre cura se desviaba por hacer á sus feligreses todo el bien que en su mano estaba; enseñaba á los chiquelos la doctrina, preparaba á las muchachas para hacer la primera comunión, aconsejaba á

GATCHINO (San Petersburgo).



ENSEÑAR

AL QUE NO SABE

MIREN ustedes que se necesita habilidad, y más que habilidad, mérito, y más que mérito, virtud, para conseguir—en los tiempos que corremos de liberalotes empederados y escépticos,—todo un perfecto ejemplar de cura de misa y olla, sér respetado, querido y hasta convertido en consultor general de jóvenes y viejos, mozas y ancianas, en un pueblo semisalvaje de lo más intrincado de la sierra de Guadarrama, al que en esta relación conoceremos por Villabrutanda de Arriba.

Pues, si señores; esa suerte le había tocado, en medio de su desgracia,

los mozos y mozas cuando observaba que su conducta era poco conforme con los fueros de la moral, y los instruía cuando habían de contraer matrimonio. Por nada del mundo hubiera consentido en dar un mal ejemplo, un consejo de dudosa intención ó una riña sin fundamento. Era un buenazo en toda la extensión de la palabra, y en tal concepto, no sólo le tenía el pueblo en masa, sino que hasta se tenía él mismo, permitiéndose como goce supremo en el mundo esta inocente vanidad. Quiero decir con esto, que no sólo le manaba la bondad del fondo del corazón, sino que la cultivaba con el mismo anhelo y coquetería con que una muchacha de quince abriles puede cultivar, para que no se marchiten, las rosas de sus mejillas.

No teniendo otro defecto, si defecto puede constituir el practicar al pie de la letra el aforismo célebre «conócete á ti mismo», bien se le podía tolerar, por las consecuencias beneficiosas que al fin y á la postre colocaban á Villabrutanda bajo el protectorado de un hombre honrado, íntegro, inflexible y bondadoso.

Puedo dar del Padre Anselmo los informes que acabo de reseñar, porque tuve ocasión de tratarle cierto día, y después de aquél, otros, y de convencerme de que no pecaban de exagerados los que se habían hecho lenguas de lo que era y valía moralmente el Padre Anselmo, de quien yo quisiera haber dado á los lectores un retrato cabal, con el esbozo que de él he trazado, antes de decirles que hace unos cuantos días, en que me marché de caza por los andurriales de Villabrutanda y pasé á saludar al bueno del Padre, le hallé,—contra costumbre, naturalmente, y por lo mismo extrañándome más,—todo sulfurado, con aspecto de apoplético, renegando de su caletre y hasta de su bondad.

¿Qué podía haberle ocurrido?

Confieso que me alarmó aquel cambio tan brusco é inopinado en persona tan sesuda é inalterable, y después de procurar, lográndolo por fortuna, calmarle los nervios, que parecía se le habían puesto de punta, el pobre sacerdote me dijo:

—Dispéñseme usted, amigo mío; pero al pensar que por mi falta de mundo ó sobra de bondades, me sucede lo que me sucede, me daría de calabazas contra las paredes de este cuarto.

—Pero ¿qué ha sido ello?—le repliqué.

—Comprendo que la ira es un pecado,—contestó—y si es ira lo que siento en estos momentos, me debe ser perdonada por Dios y por usted, porque no va diri-



J. SIMONT GUILLEN (París).



VLADIMIR ZUPANSKI Prague (Austria).

173